

VARIACIÓN GENÉRICA, EDAD Y PRESTIGIO ENCUBIERTO EN FORTUNA (MURCIA)

Juan Antonio Cutillas Espinosa
Universidad de Murcia

Una de las áreas que más atención ha atraído dentro del campo de la sociolingüística, sobre todo en el mundo anglosajón, es la variación lingüística relacionada con el género del hablante. Entre las primeras investigaciones en el campo es necesario destacar la contribución de William Labov (1966), padre de la lingüística secular y figura clave en el estudio de la variación lingüística en los Estados Unidos, y de Peter Trudgill (1972, 1974), iniciador de la línea británica de la sociolingüística laboviana. Estos primeros estudios mostraron ya lo que se ha convertido con el tiempo en uno de los descubrimientos más indiscutibles en el estudio de género y variación lingüística: las mujeres utilizan menos formas no estándares que los hombres.

Pero este hallazgo que parecía suscitar un acuerdo generalizado en un campo tan propenso a la multiplicidad de interpretaciones como la lingüística, terminaría en controversia cuando se comenzó a discutir cuáles eran sus causas. Desde el descubrimiento de este fenómeno se han propuesto muy distintas teorías a este respecto que discutiremos más adelante.

El presente estudio pretende comprobar si los patrones de diferenciación en cuanto a género se cumplen en el español hablado en Fortuna (Murcia) y profundizar en el estudio de actitudes lingüísticas que puedan explicar esta variación, haciendo especial hincapié en los conceptos de *prestigio manifiesto* y *prestigio encubierto* sugeridos por Labov (1966) y Trudgill (1972).

I. ¿POR QUÉ ‘GÉNERO’ Y NO ‘SEXO’?

La distinción entre sexo y género se ha convertido en motivo de discusión en el mundo de la sociolingüística anglosajona en los últimos años. Podría parecer una pura cuestión terminológica sin mayor importancia, si no fuera porque llamar al parámetro que nos ocupa de un modo o de otro supone concebir la diferenciación genérica como manifestación de factores sociales (género como rol social) o de factores biológicos (sexo como categoría biológica). Esta discusión me parece de especial importancia por los intentos de sociolingüistas como Chambers (1995) de explicar el mayor uso de formas estándares por parte de la mujer como demostración de una supuesta *superioridad verbal*. Así pues, la biología y no la sociedad sería la gran responsable de esta diferenciación siempre que no intervinieran condicionamientos como diferencias en cuanto a clase social del hablante o educación.

Pero existen motivos más que sobrados para rechazar esta explicación biológica:

1) Los hombres de clase media en estudios como el de Trudgill (1974) son perfectamente capaces de producir formas estándares en estilo formal (tan capaces como las mujeres). ¿Deberíamos suponer que su *inferioridad* se acentúa de repente, dependiendo de las situaciones?,

2) No se explica que los hombres digan utilizar más formas vernáculas de las que en realidad aparecen en su habla. Se hace difícil explicar por qué alguien podría estar orgulloso de una manifiesta inferioridad verbal.¹

3) El mismo autor admite que las diferencias en cuanto a habilidad verbal entre hombres y mujeres son tan mínimas que “*por cada despliegue de habilidades verbales encontradas en una mujer, existe casi con total seguridad un hombre capaz de idéntico despliegue*” (Chambers 1995: 136).

Esta interpretación biológica que criticamos no considera que el comportamiento tanto lingüístico como de otro tipo suele estar condicionado por *normas sociales* y no por factores genéticos. Labov (1990: 206) critica esta clasificación de comportamiento social atendiendo a otros factores y la llama *sesgo biológico*². Romaine (1994) también utiliza el término ‘género’ para dejar claro que, como ella misma sugiere, “*una persona no nace mujer [u hombre, añadiríamos nosotros], sino que se hace*” (Romaine 1994: 104). Eckert (1989: 253) propone como reto para el sociolingüista del futuro conseguir concebir el género como manifestación de una práctica social que, a su vez, se relaciona con otras prácticas sociales. Ése es precisamente el camino que intentamos seguir cuando utilizamos el término *género*.

II. PANORÁMICA DE LOS ESTUDIOS SOBRE DIFERENCIACIÓN GENÉRICA

Antes de entrar en los detalles de la propia investigación, creo necesario hacer un breve recorrido por los distintos hallazgos en este campo de estudio, así como trazar un esbozo de las diferentes explicaciones que se han propuesto.

II.1. Resultados de otros estudios sobre variación genérica

Uno de los ejemplos más conocidos de variación genérica se halla en el estudio sobre el inglés de Norwich llevado a cabo por Peter Trudgill (1974). Trudgill estudió la variable (ng), la cual

¹ Para mayor extrañeza, Chambers (1995: 133) utiliza una afirmación de Sherman (1978: 40) según la cual la superioridad biológica de la mujer en cuanto a lenguaje se refiere se combinaría con un sistema educativo que impide el desarrollo de sus habilidades espaciales y visuales. Así pues la facilidad de la mujer con el lenguaje es innata, pero sus problemas con materias como el dibujo no es más que producto de los roles de género que se les han asignado. Da la impresión de que se está midiendo con distintos raseros a hombres y mujeres, de modo que cualquier superioridad en la mujer es producto de una biología privilegiada y cualquier defecto es culpa de los roles sociales que se le han asignado.

² Traducción del inglés “biological bias”.

podía tener dos realizaciones diferentes: la estándar [ɪŋ] y la no estándar [ən]. Los resultados obtenidos mostraban que de forma consistente y en todas las clases sociales³, las mujeres utilizaban menos formas no estándares que los hombres como muestro en el gráfico 1.

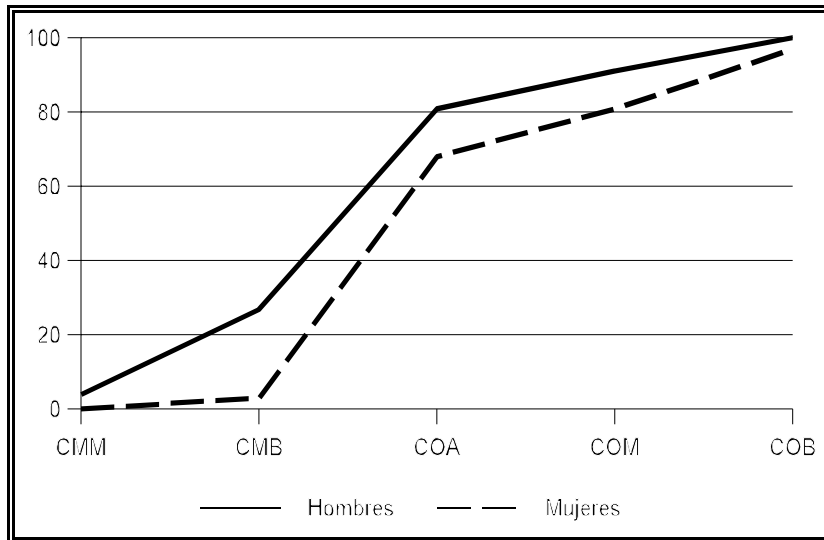


Gráfico 1: Uso de la variante no estándar para la variable (ng) por sexo y clase social en Norwich

Similares resultados obtuvo Macaulay (1977) en su estudio del inglés hablado en Glasgow. Para la variable (i) había dos posibles variantes: la estándar [v] y la no estándar [ɪ]. Los resultados fueron de nuevo contundentes: a pesar de diferencias en cuanto a clase social se refiere, las mujeres utilizaron de forma consistente la variante estándar [v] en una proporción bastante superior a los hombres (como mostramos en la tabla 1 y el gráfico 2).

Tabla 1. Porcentaje de uso de la variante no estándar [ɪ] por sexo y clase social en el estudio de Glasgow (Macaulay, 1977)		
Clase Social	HOMBRES	MUJERES
CMA	3100	2000
CMB	4475	2875
COA	4675	4500
COB	5000	4700

³ Trudgill distingue clase media media (CMM), clase media baja (CMB), clase obrera alta (COA), clase obrera media (COM) y clase obrera baja (COB). Otros sociolingüistas han adoptado otras distinciones como Macaulay (1977) en su estudio de Glasgow, en el que distingue tan sólo clase media alta y baja (CMA, CMB) y clase obrera alta y baja (COA, COB). En todo caso, estas etiquetas no se refieren a entidades reales, sino a divisiones más o menos arbitrarias de un continuo social.

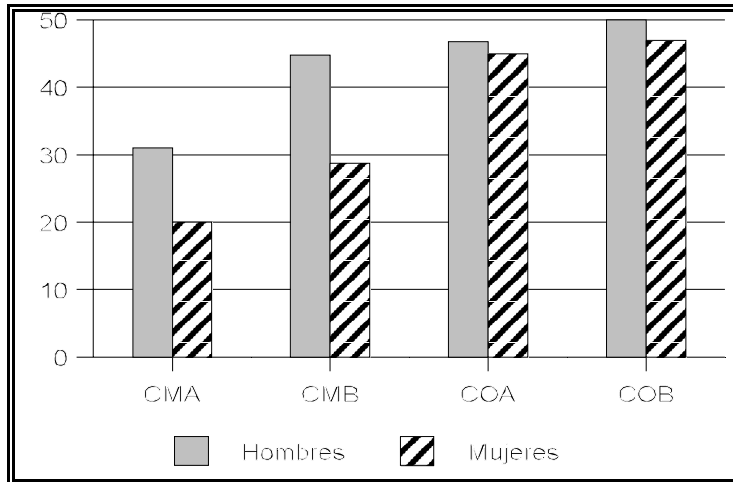


Gráfico 2: Porcentaje de uso de la variante no estándar para la variable (i) según sexo y clase social en Glasgow

Ya en el mundo hispánico, Manuel Almeida (1994) llevó a cabo un estudio sobre el uso de determinadas formas léxicas en las Islas Canarias que volvió a arrojar resultados concordantes con los estudios sociolingüísticos llevados a cabo hasta el momento: las mujeres muestran una mayor tendencia a utilizar formas estándares.

II.2. Interpretaciones

La controversia que ha suscitado el mayor uso de formas estándares por parte de las mujeres sólo puede entenderse si se considera que muchas de las explicaciones propuestas, aunque razonables, son “políticamente incorrectas”, es decir, que sugieren una cierta inferioridad social de la mujer que la obliga a utilizar formas lingüísticas prestigiosas.

Peter Trudgill fue uno de los primeros sociolingüistas en proponer una explicación basada en hallazgos como el del sociólogo Martin (1954) que demostraban que, en términos generales, las mujeres eran mucho más conscientes de su estatus social que los hombres. Según Trudgill (1983: 167) hay tres razones principales por las que las mujeres muestran esta mayor conciencia social y lingüística:

- a) Están más implicadas en la educación de los hijos (en este extremo insiste también Labov, 1990: 219).
- b) La posición de la mujer en nuestra sociedad es menos segura y por ello señalan su posición social mediante formas estándares prestigiosas.
- c) La evaluación social de la mujer se realiza a través de las formas lingüísticas que utiliza, al carecer de ocupación.

Con el tiempo, estas explicaciones llegaron a cuestionarse o, al menos, a considerarse ‘políticamente incorrectas’. Recibieron las críticas de feministas como Spender (1980) que acusaban a Trudgill de no tener en cuenta el trabajo de la mujer. Poco a poco, otros sociolingüistas fueron añadiendo sus reservas (Hudson 1996: 156, Holmes 1992: 172-3, Graddol & Swann 1989: 56, Milroy 1992) y se abrió paso a otro tipo de explicaciones. Sin embargo, Eckert (1989) ha intentado recientemente dar un nuevo enfoque a la cuestión utilizando las primeras ideas de Trudgill y combinándolas con la llamada teoría del mercado lingüístico: las mujeres hacen uso del prestigio lingüístico por falta de prestigio material.

Otros han intentado explicar la diferenciación genérica relacionándola con diferencias en cuanto a **redes sociales** se refiere, es decir, con diferencias relativas a la integración en la comunidad donde se vive. Cuanto más densa es la red social de un hablante, más serán las formas vernáculas que utilizará (Milroy 1980: 160). Patricia Nichols (1979) llevó a cabo un estudio sobre el habla de una comunidad rural de color asentada en una isla en Carolina del Sur. Detectó un cambio lingüístico en curso en la dirección del inglés estándar liderado por las mujeres y descubrió que este hecho estaba relacionado con los trabajos de hombres y mujeres fuera de la isla. Mientras que los hombres se dedicaban a la construcción, normalmente en grupos y, por consiguiente, no hablaban con otros individuos fuera de su red social, las mujeres desempeñaban labores que exigían una interacción lingüística con hablantes que no pertenecían a su comunidad, lo que justificaba su mayor uso de formas estándares. Sin embargo, la misma precursora del concepto de ‘red social’, Lesley Milroy, señala que sería erróneo intentar llevar esta explicación demasiado lejos porque se encuentran variables que son sólo marcadores de género, independientemente de la estructura de la red social del hablante (Milroy 1980: 192).

La **teoría de la imagen** ofrece también una explicación alternativa. Según Deuchar (1988) los grupos subordinados (y ése ha sido tradicionalmente el caso de la mujer) tienen que ser corteses. Se intenta ligar los conceptos de *imagen* y *cortesía* para explicar por qué las mujeres utilizan más formas estándares. Yule (1996: 60) define la *imagen* como “*ese sentido social y emocional de individuo que todo el mundo posee y que se espera que los demás reconozcan*”. En nuestra sociedad, las mujeres tienen menos poder que los hombres y se ven forzadas a mostrar respeto al tiempo que intentan mantener su *imagen* (es decir, su autoestima). Usando una variedad lingüística estándar parece que se satisfacen ambas pretensiones: se es educado con el interlocutor y se marca el propio prestigio, se reclama respeto.

Otros han propuesto explicaciones relacionadas con la **teoría de la acomodación**. Holmes (1992: 77) sugiere que las mujeres están más dispuestas a acomodarse al acento del entrevistador (presumiblemente de clase media) porque suelen cooperar más que los hombres en las conversaciones. Graddol y Swann (1989: 56) añaden que las entrevistas tenían un inequívoco sesgo masculino. Muestran un fragmento de uno de los textos que Labov utilizó para su estudio de Nueva York: “*Imagino que a todos nos sucede lo mismo: tu primera perra es como tu primera novia. Da más problemas que satisfacciones, pero no parece que se pueda olvidar*”. Los autores comentan (y estamos plenamente de acuerdo con ellos) que ser comparado con un perro no debe crear un ambiente muy cómodo en una entrevista.

Finalmente, Trudgill señaló que las **expectativas sociales** en cuanto a comportamiento de hombres y mujeres son distintas. Así, la sociedad esperaría que las mujeres se comportaran mejor que los hombres. Lo explica con el siguiente ejemplo: “*Que un padre vuelva a casa borracho un sábado por la noche y vomite en la moqueta del salón está mal visto. Pero si una madre hace lo mismo, mucha gente lo vería peor*” (Trudgill 1995: 72). Entrando ya en el campo

de explicaciones más folclóricas, se ha llegado incluso a proponer que un alto uso de formas vernáculas haría aparecer a la mujer como sexualmente promiscua.

Con todo, las interpretaciones que más nos interesan son aquellas relacionadas con *actitudes lingüísticas*, especialmente los conceptos de **prestigio manifiesto** y **prestigio encubierto**. Peter Trudgill (1992: 20-21) define el prestigio encubierto como “*las connotaciones favorables que las formas no estándares, de bajo estatus social o ‘incorrectas’ tienen para muchos hablantes*”. Trudgill (1972) descubrió que las mujeres sobrevaloraban su uso de formas estándares en tests de autoevaluación, mientras que los hombres lo infravaloraban. En otras palabras, las hombres decían utilizar más formas no estándares de las que en realidad usaban, mientras que las mujeres hacían lo contrario. Trudgill sugirió que esto podría ser resultado del prestigio encubierto de las formas no estándares, que tendrían connotaciones de masculinidad y dureza al estar relacionadas con el habla de la clase obrera.

III. ¿POR QUÉ FORTUNA?

Con toda seguridad, uno de los motivos principales para llevar a cabo un estudio centrado en el español hablado en Fortuna es que el investigador es de Fortuna. Puede parecer una obviedad, pero en realidad es un factor de gran importancia que facilita mucho el trabajo:

g El informante está hablando con alguien que utiliza su mismo acento, de manera que no se produce ninguna alteración en su habla habitual como resultado de un proceso de acomodación (véase Giles & Smith 1979) con un acento distinto (el del entrevistador).

g Mayor facilidad de acceso a la lengua tal y como se habla en ambientes informales.

g Conocimiento del acento como “hablante nativo” de la variedad, lo que da pistas valiosas sobre qué aspectos son los que merece la pena investigar.

Fortuna es un pueblo de unos seis mil habitantes situado a unos veinticinco kilómetros de Murcia capital. En esos seis mil habitantes incluiríamos a los fortuneros que viven en las muchas pedanías repartidas por todo el término municipal, de 14.886 hectáreas. Fortuna limita al norte con Jumilla, Abarán y Abanilla; al sur con Murcia; al este con Abanilla, Orihuela y Murcia y al oeste con Molina de Segura.

La cercanía de Fortuna a la capital influye en la vida de sus habitantes. La actividad comercial se encuentra fuertemente limitada fuera de la atención de las necesidades cotidianas. Es Murcia la que abastece directamente a los fortuneros de una parte sustancial de los bienes que consumen. La explotación de canteras de mármol y arena reporta los mayores beneficios al municipio, junto con el balneario, foco de interés turístico.

A pesar de los cambios sociales ocurridos en Fortuna, la actividad principal sigue siendo la agricultura. Un gran número de fortuneros y fortuneras vive del campo directa o indirectamente. Sin embargo, se aprecian cambios en la estructura económica y social de Fortuna en los últimos años. Cada vez más jóvenes se inclinan por estudiar y llegar hasta la universidad y una incipiente actividad industrial parece afianzarse en el pueblo.

IV. OBJETIVOS

En nuestro estudio se pretendió contestar a las siguientes preguntas:

- 1) ¿Utilizan los hombres más formas no estándares que las mujeres en Fortuna?
- 2) ¿Existe variación por grupos de edad en cuanto a la *intensidad* de esta variación genérica?
- 3) ¿Se expresa la diferenciación genérica del mismo modo, es decir, a través de las mismas variables, en diferentes grupos de edad?
- 4) ¿Son los hablantes exactos en la evaluación de su uso de formas no estándares? ¿Qué significado pueden tener diferencias entre uso y propia evaluación y cómo pueden ayudarnos a explicar la diferenciación genérica en términos de prestigio manifiesto y encubierto?

V. METODOLOGÍA

V.1. La muestra

En primer lugar, para diferenciar grupos de edad tuvimos en cuenta lo que Eckert (1997) llama aproximaciones *éticas* y *émicas* al estudio de la edad:

g Ética: Los hablantes se asignan a grupos de edad arbitrarios, divididos en intervalos idénticos, tales como décadas.

g Émica: Los grupos se establecen según “experiencias compartidas en el tiempo”, bien etapas en la vida humana o relacionadas con la historia.

El problema básico de las aproximaciones *éticas* es que se las puede acusar de arbitrarias. El cambio lingüístico que una persona puede experimentar de los 15 a los 25 años (años de cambios drásticos en todos los órdenes) no puede ser comparable con el que se pueda experimentar de los 45 a los 55 (los años de mayor estabilidad tanto laboral como personal).

En cuanto a las aproximaciones *émicas*, considerar tan sólo hechos históricos determinados ofrecen una visión limitada de los elementos que pueden condicionar la vida de una persona. Por eso nosotros hemos tratado de combinar ambos criterios y distinguir grupos de informantes que han experimentado condiciones de vida parecidas relacionadas con el contexto histórico que les ha tocado vivir.

Nos sirve de punto de partida un hecho capital: la guerra civil y, sobre todo, sus secuelas en forma de una larga posguerra: hambre, miseria y falta de la educación más básica para casi una generación de españoles (hoy en día, mayores de 55 años). Después distinguimos un segundo grupo, entre 37 y 54 años, la generación que ya no conoció la guerra civil y que escapó de los efectos directos de la posguerra, teniendo acceso, en la mayoría de los casos, a una educación primaria completa con incursiones en la educación secundaria. Los más jóvenes, entre 18 y 36, algunos de ellos nacidos ya en democracia, no saben de la guerra civil más que lo que oyeron a sus mayores. Han crecido en un país desarrollado en lo que a economía y educación se refiere y muchos de ellos han llegado a la universidad.

Una vez tratado el espinoso asunto de los grupos de edad, procedimos a buscar dos

informantes (hombre y mujer) para cada grupo de edad (seis informantes en total) teniendo en cuenta dos criterios principales:

i) Los informantes de cada grupo de edad tenían que representar de modo aproximado el nivel de educación que caracteriza a ese grupo: alfabetización básica (55 en adelante), educación primera con incursiones en la secundaria (37-54) y educación secundaria y universitaria (18-36).

ii) Los dos informantes (hombre y mujer) por cada grupo de edad deben pertenecer a la misma clase social y haber recibido la misma educación. De este modo se evita que estos factores puedan influir en las diferencias encontradas e impedirnos centrar nuestra atención en diferencias ligadas al género del hablante.

V.2. Las grabaciones

Nuestro interés fue, en todo momento, obtener muestras de habla informal. Se pretendía evitar lo que Labov (1972: 209) llama la *paradoja del observador*: la única forma de obtener datos sobre cómo habla la gente cuando no está siendo observada es, precisamente, observarla. Hay que evitar que el proceso mismo de observación altere el objeto de estudio. Por ello, las grabaciones se llevaron a cabo sin que los informantes fueran conscientes de ello, aunque por supuesto fueron informados inmediatamente después. Se solicitó su aquiescencia para utilizar los datos obtenidos y hay que señalar que no se produjo ninguna reacción negativa, con lo que creemos solventados posibles problemas éticos consustanciales al estudio sociolingüístico.

Para tener acceso a la información hicimos uso de lo que Lesley Milroy (1987: 61) define como *observación participativa*: el investigador no es más que un interlocutor en una conversación normal. La ventaja adicional fue que en este caso no tuvimos que introducirnos en la comunidad sino que se aprovecharon lazos preexistentes con los informantes a los que se pretendía estudiar. En cierto modo, el investigador hace uso de una “información privilegiada” sólo accesible a quien estudie el habla de una comunidad desde dentro.

V.3. Las Variables

Nos hemos centrado en el estudio de cuatro variables bastante definitorias del habla de la comunidad que estamos estudiando:

- **(r)** La ‘r’ postvocálica al final de palabra tiene dos diferentes variantes: bien la pronunciación del sonido [r] o su supresión, ø.
- **(s)** La ‘s’ postvocálica al final de palabra tiene dos diferentes variantes: bien la pronunciación del sonido [s] o la supresión de éste, ø.
- **(l)** La ‘l’ postvocálica al final de palabra tiene dos diferentes realizaciones: [l] o ø.
- **Supresión Consonántica** (síncope y apócope): bajo esta etiqueta tendremos en cuenta los casos de pérdidas de sonidos, normalmente después de sílaba acentuada, en casos como las palabras terminadas en “ado/a, ido/a” [ádo / æo], la preposición “para” [pára / pá] y el adverbio “muy” [mwí / mú].

V.4. El cuestionario

Se diseñó un cuestionario sencillo para que los hablantes cuantificaran su propio uso de formas no estándares. Así se podría contrastar el uso *real* con el uso *manifestado*. Peter Trudgill (1972) utilizó un cuestionario en el que se pedía a los hablantes que dijeran qué forma utilizaban de forma mayoritaria en su vida cotidiana, si la estándar o la no estándar. Así, preguntaría a un murciano: ¿pronuncias la ‘s’ en palabras como “botas” en tu vida diaria?. Después contrastaba estos datos con los obtenidos en las grabaciones como se indica en el diagrama 1. Esta metodología presenta una gran ventaja: ayuda a descubrir con mucha exactitud actitudes lingüísticas porque se pone al hablante en la tesitura de manifestar de una forma categórica si normalmente utiliza la variante estándar o la no estándar.

Es precisamente en este modelo en el que hemos basado para elaborar nuestro cuestionario y para calificar el uso manifestado por los hablantes como ‘exacto’, ‘infravaloración’ o ‘sobrevaloración’. Las preguntas fueron las siguientes:

1. ¿Cuál de estas dos pronunciaciones crees que es la que usas mayoritariamente: [komér] o [kome :.]?
2. ¿Cuál de estas dos pronunciaciones crees que es la que usas mayoritariamente: [kásas] o [kásæ^h]?
3. ¿Cuál de estas dos pronunciaciones crees que es la que usas mayoritariamente: [fata l] o [fataæ]?
4. ¿Cuál de estas dos pronunciaciones crees que es la que usas mayoritariamente: [kanšdo] o [kansæ o]?

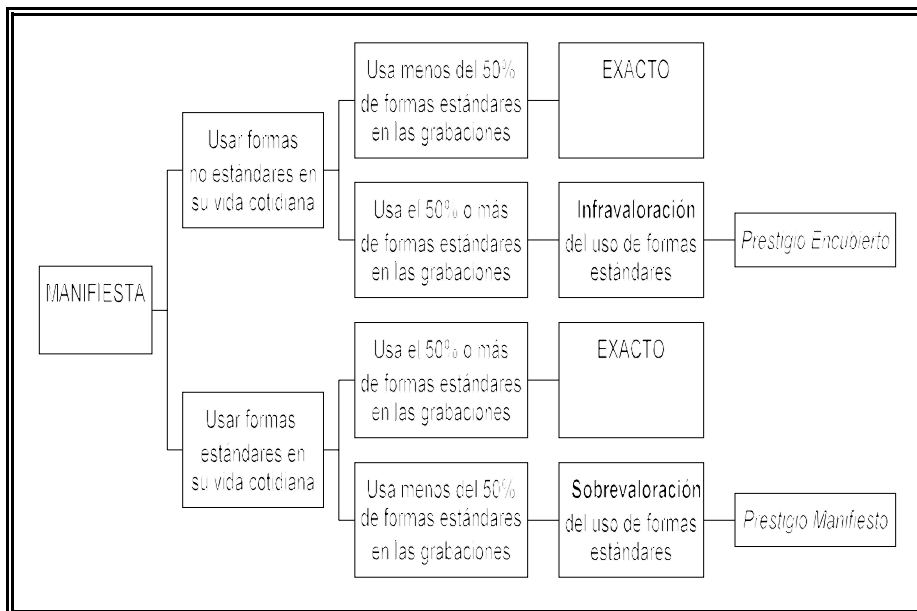


Diagrama 1: Criterios seguidos por Trudgill para calificar la evaluación que los hablantes hacen de su uso de formas no estándares como ‘exacta’, ‘infravaloración’ o ‘sobrevaloración’

VI. RESULTADOS

El estudio de las grabaciones realizadas arrojó los resultados que aparecen en la tabla 2 y en el gráfico 3.

Variable y variantes		Grupo de Edad 18-36		Grupo de Edad 37-54		Grupo de Edad 55-72	
		Masculino	Femenino	Masculino	Femenino	Masculino	Femenino
(r)	[r]	4,2%	45%	14,3%	16,6%	0	14,8%
	∅	95,8%	55%	85,7%	83,4%	100%	85,2%
(s)	[s]	0	3,5%	0	0,7%	0	0
	∅	100%	96,5%	100%	99,3%	100%	100%
(l)	[l]	36,3%	68,2%	21,4%	62,8%	7,1%	43,7%
	∅	63,7%	31,8%	78,6%	37,2%	92,9%	56,3%
Supresión Consonántica	Ausente	0	77,5%	7,1%	2,7%	5%	12,5%
	Presente	100%	22,5%	92,9%	97,3%	95%	87,5%

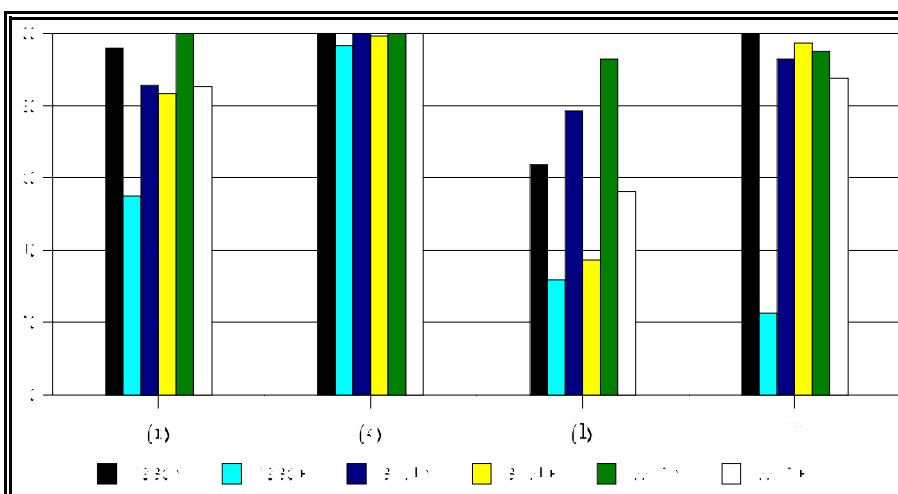


Gráfico 3: Porcentaje de uso de formas no estándares según sexo y edad en Fortuna

Los resultados obtenidos muestran que las mujeres utilizan menos formas vernáculas que los hombres en todas las variables estudiadas con una sola excepción, la supresión consonántica en el grupo de edad de 37 a 54 años, lo que no es especialmente llamativo tanto por lo pequeño de la diferencia (un 4%) como por el hecho de que el patrón habitual se cumple en los demás grupos de edad y en las otras tres variables estudiadas.

También obtuvimos resultados en lo que se refiere a la evolución de la diferenciación genérica en diferentes grupos de edad. En la tabla 3 y el gráfico 4 mostramos la diferencia en

tanto por ciento entre el uso de formas no estándares de hombres y mujeres en los tres diferentes grupos de edad.

Tabla 3: Diferencia en el uso de las formas no estándares entre hombres y mujeres en tanto por ciento. Las cifras se refieren al porcentaje en el que los hombres usan más formas vernáculas que las mujeres.

Variable	Grupos de Edad		
	18-36	37-54	55-72
(l)	31,9%	41,4%	36,6%
(r)	40,8%	2,3%	14,8%
(s)	3,5%	0,7%	0
Supresión Consonántica	77,5%	-2,3%	7,5%
MEDIA	38,425%	10,525%	14,725%

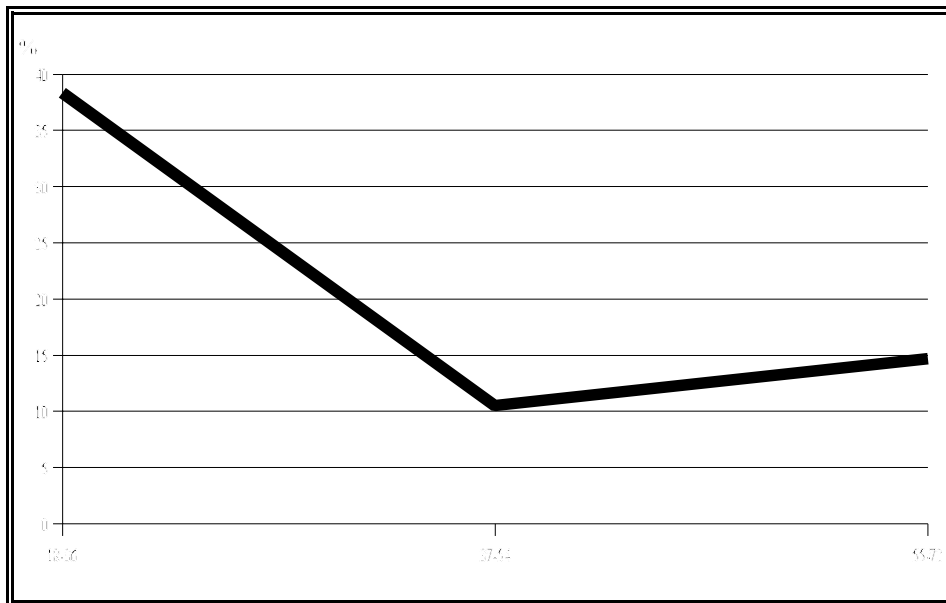


Gráfico 4: Porcentaje en el que los hombres usan más formas no estándares que las mujeres por grupos de edad en Fortuna

En los datos se aprecia un abrupto descenso del grupo de edad de 18 a 36 años al de 37 a 54, seguido por un ligero incremento en el grupo de edad de 55 a 72 años. El gráfico 4, que representa los datos de la tabla 3, muestra una forma en “V” que no es para nada extraña dentro de los estudios sociolingüísticos centrados en el parámetro *edad*. Los datos de la tabla también muestran que es en el grupo de edad más joven donde se da una mayor variación en cuanto al uso de variantes tanto estándares como no estándares para marcar la diferenciación genérica.

Tabla 4: Porcentajes de utilización de las diferentes variantes para cuatro variables (l), (r), (s) y Supresión Consonántica en los seis informantes (R, uso real) y variante usada mayoritariamente en la vida cotidiana según los hablantes (M, uso manifestado)

Variable y variantes		Grupo de Edad 18-36			Grupo de Edad 37-54				Grupo de Edad 55-72				
		Masc.		Fem.	Masc.		Fem.		Masc.		Fem.		
		R	M	R	M	R	M	R	M	R	M	R	M
(r)	[r]	4,2%		45%	T	14,3%		16,6%	T	0		14,8%	
	Ø	95,8%	T	55%		85,7%	T	83,4%		100%	T	85,2%	T
(s)	[s]	0		3,5%		0		0,7%		0		0	
	Ø	100%	T	96,5%	T	100%	T	99,3%	T	100%	T	100%	T
(l)	[l]	36,3%		68,2%	T	21,4%		62,8%	T	7,1%		43,7%	
	Ø	63,7%	T	31,8%		78,6%	T	37,2%		92,9%	T	56,3%	T
Supresión Consonántica	Ausente	0		77,5%	T	7,1%		2,7%		5%		12,5%	
	Presente	100%	T	22,5%		92,9%	T	97,3%	T	95%	T	87,5%	T

En la tabla 4 se muestran los resultados de la encuesta que llevamos a cabo con los datos obtenidos mediante las grabaciones, es decir, se contrasta el uso *manifestado* (M, T) de los hablantes y su *uso real* (R, %) de formas estándares.

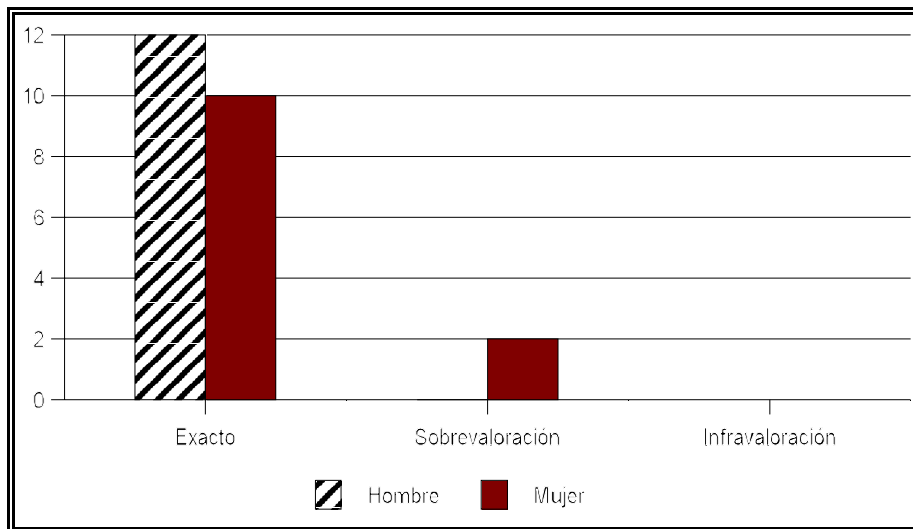


Gráfico 5: Casos de exactitud, sobrevaloración e infravaloración del uso de formas estándares según sexo y edad en Fortuna

La exactitud en la apreciación del uso de pronunciaciones características del geolecto murciano y de pronunciaciones estándar es la nota dominante de los datos obtenidos. En general los hablantes fueron capaces de identificar qué forma era la que utilizaban normalmente (en 22 de 24 casos) y se produjeron dos casos de sobrevaloración del uso de formas estándares: para la variable (r) hubo sobrevaloración en el caso de la mujer del grupo de edad de 18-36 y la mujer del grupo de edad de 37-54 (ver gráfico 5).

VII. INTERPRETACIÓN DE LOS DATOS

VII.1. Género y uso de formas vernáculas

Ya hemos repasado la multitud de explicaciones para el mayor uso de formas estándares por parte de la mujer en muy diferentes culturas. Analizaremos nosotros algunas de las posibles razones que podrían causar este comportamiento lingüístico basándonos en los datos obtenidos y en comentarios que, de forma casual y sin haber sido preguntados, los informantes tuvieron a bien hacer y que resultaron, por lo que de espontáneos tienen, muy reveladores.

Una de las posibles explicaciones sería que las mujeres sienten una mayor atracción por el modelo de habla que posee mayor **prestigio manifiesto**. Sólo encontramos en nuestros datos dos casos de evaluación inexacta de la propia habla: en ambos casos es una mujer la que sobrevalora su uso de formas estándares. Por lo tanto, son las mujeres las que tienden a identificarse con estos modelos de ‘corrección’ y prestigio, mientras que los hombres reconocen con exactitud su uso de formas vernáculas. No se produjeron casos de infravaloración porque en las grabaciones los hombres utilizaron de hecho las formas no estándares de forma mayoritaria, de modo que sólo la valoración exacta o la sobrevaloración eran posibles. No sobrevaloraron en ningún caso su uso de formas vernáculas: la razón puede ser que no dan tanta importancia al prestigio manifiesto de estas formas y se rigen por otra norma con escondidas connotaciones de masculinidad y dureza, como ya señaló Trudgill (1972).

En este sentido fueron reveladores los comentarios de los informantes del grupo de edad de 18 a 36 años. Mientras que el informante masculino acusaba a su compañera de ser “*demasiado fina*” y de “*hablar raro*” (con respecto, claro está, a la norma vernácula), la informante femenina comentaba que su compañero “*hablaba fatal*” (con respecto a la norma estándar). La apreciación negativa del habla del informante del sexo opuesto revela una concepción distinta de lo que es lo “normal”.

Otra explicación complementaria es la de la **educación de los hijos**. Esta explicación nos la ofreció espontáneamente la mujer de entre 37 y 54 años que, al sobrevalorar su uso de la variante estándar [r] para la variable (r), dijo utilizar la forma [r] especialmente al dirigirse a sus hijos. Trudgill (1983) sugiere que la mayor implicación de la mujer en la educación de los hijos podría explicar su mayor uso de formas estándares. La madre tendría una conciencia más clara de ser un modelo (también lingüístico) para sus hijos y utilizaría más formas consideradas como ‘correctas’. Del mismo modo que la madre enseña el comportamiento adecuado a la mesa o en una casa ajena, también intentaría inculcar unos *buenos modales lingüísticos* en sus hijos. Sociolingüistas como Janet Holmes (1992: 172-73) han criticado esta explicación por dos razones: en primer lugar, es en situaciones informales (como la interacción madre - hijo) donde puede encontrarse un mayor número de formas no estándares; en segundo lugar, duda de que ese uso de formas estándares con los niños fuera extrapolable a otras situaciones (una entrevista con un lingüista, por ejemplo).

Para añadir más interés al argumento de la educación de los hijos, nuestra informante añadió un comentario que podríamos titular como el argumento de **la voz de la autoridad**. Según nos hizo saber, ella usa las variantes estándares en mucha mayor proporción para reñir o dar órdenes a los hijos. No es tan extraño: casi todos recordamos a aquel maestro temible que, para regañarnos, nos trataba de *usted* y nos llamaba por nuestro apellido. Parece ser que introducir un elemento de formalidad, y el uso de formas estándares es considerado como tal, realza, en el momento necesario, la autoridad en una determinada relación de poder, como también ocurre en

la cultura anglosajona.

Hemos creído interesante apuntar estas dos explicaciones porque son resultado de nuestros datos y de una evaluación espontánea de los informantes que quisieron añadir comentarios que no se les habían pedido. Mucho se ha investigado intentando encontrar una explicación para el fenómeno en cuestión y la conclusión más fiable es que no hay una respuesta única que pueda zanjar la polémica de modo contundente. Las diferencias entre los roles sociales del hombre y la mujer son de una complejidad enorme. Existe todo un mundo de experiencias distintas y de papeles asumidos que terminan por determinar qué es un comportamiento masculino y qué es un comportamiento femenino, con amplias áreas de intersección. No podíamos esperar que semejante complejidad se plasmara lingüísticamente de un modo simple. Es por esto que factores biológicos (la maternidad, por ejemplo), sociales (diferente integración en la vida laboral, diferentes redes sociales) y de actitudes sociales y personales (prestigio manifiesto o encubierto, actitudes hacia la variedad vernácula o hacia la comunidad) confluyan y se confundan en su expresión lingüística.

VII.2. Género y edad

VII.2.a. Evolución personal

Hemos encontrado un curioso patrón en lo que a edad se refiere, la forma en “V” en la evolución de la intensidad de la diferenciación genérica. Este patrón no es extraño en los estudios sociolingüísticos que toman el parámetro *edad* y evalúan el uso de formas estándares. Downes (1984) fue uno de los primeros en dar cuenta de este fenómeno, que Chambers y Trudgill (1980: 92) explican de la siguiente forma:

Probablemente podemos explicar esto si suponemos que para los hablantes más jóvenes las presiones sociales más importantes provienen de la ‘pandilla’, y que lingüísticamente están más fuertemente influidos por sus amigos que por nadie más. La influencia de la lengua estándar es relativamente débil. Luego, conforme se hacen mayores y empiezan a trabajar, se mueven en unas redes sociales más amplias y menos cohesivas [...] y están más influidos por los valores sociales convencionales [...] para la gente mayor, jubilada, las presiones sociales vuelven a ser menores, el triunfo ya se ha logrado.

(Traducción en Hernández-Campoy, 1993: 174)

Llevando esta interpretación de Chambers y Trudgill a nuestros datos, podríamos interpretar que en el grupo de edad intermedio el hombre recibe la mayor presión para que adopte formas de habla prestigiosas. De este modo, se ve forzado a aceptar patrones de prestigio manifiesto y la diferencia entre su uso de formas estándares y el de la mujer disminuye notablemente. Más tarde, en otras etapas de su vida, cuando las presiones disminuyen, el hombre puede volver a utilizar más formas no estándares, con lo que la diferenciación entre hombres y mujeres se incrementa de nuevo.

VII.2.b. Competencia sociolingüística

Las mejoras en el sistema educativo han conseguido que la última generación de fortuneros haya tenido, por lo general, acceso a una educación media o superior. Siguiendo el proceso general y gradual de estandarización lingüística de la Región de Murcia, también ha incrementado el tiempo de contacto con el español estándar, que es el que se usa mayoritariamente en colegios e

institutos. Ya comentamos que era en esta generación joven en la que la diferenciación por género se llevaba a cabo de una forma más intensa para casi todas las variables estudiadas (gráfico 6).

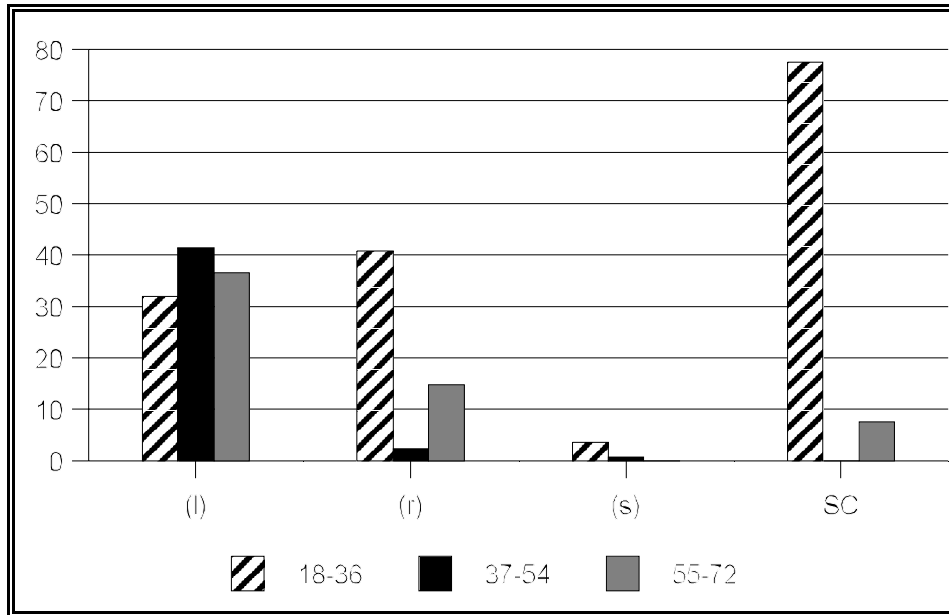


Gráfico 6: Porcentaje de diferencia en el uso de formas estándares entre hombres y mujeres por variables y grupos de edad en Fortuna

El nivel de educación parece influir de modo muy importante en este hecho. La mujer tiene un mayor contacto con la variedad estándar y, por lo tanto, si tiene deseos de adoptar formas prestigiosas existe una mayor *disponibilidad*. Del mismo modo, el contacto con la forma estándar por parte del hombre puede también convertirse en un modelo para la *divergencia* y no para la *convergencia* como en el caso de la mujer. De este modo, es en la generación joven en la que la diferenciación se expresa de un modo más intenso y a través de más variables, de manera que, en lo que a género se refiere, el contacto con el estándar tiene la curiosa consecuencia de aumentar la variación.

VII.2.c. Actitudes lingüísticas, edad y género

Señala acertadamente Laura Sánchez López (1999: 161) que “*la escuela potencia el uso del modelo lingüístico estándar y, por ello, es lógico que las generaciones más jóvenes [...] muestren una actitud favorable hacia dicho modelo*”. Esta afirmación vendría a añadir otra explicación al alto uso de formas estándares por parte de la informante más joven en contraste con el uso mucho más bajo en el varón de entre 18 y 36 años. Si asumimos que se está produciendo un cambio lingüístico en la dirección del estándar provocado por una actitud negativa y consciente hacia el geolecto murciano, no debe extrañarnos que sean precisamente las mujeres jóvenes las que utilicen más formas estándares. Labov (1990) señala que en los cambios lingüísticos que se

producen por encima del nivel de la consciencia⁴ son siempre las mujeres las que favorecen la forma prestigiosa e innovadora.

Pero tampoco podemos olvidar el hecho de que la resistencia del hombre a aceptar este patrón de prestigio en su habla cotidiana es también muy fuerte. En ningún momento se produce tampoco una supresión total de formas no estándares en el habla de la mujer. Es posible, desde luego, que el mayor contacto con el estándar provoque algún cambio en el geolecto murciano, pero es difícil pensar en una total homogeneización. Como señala Chambers (1995: 212):

Las medidas educativas han tenido un cierto éxito en la estandarización de la escritura, pero mucho menos, casi ninguno, en la estandarización del habla. [...] Los intentos de aniquilar los dialectos regionales (o las lenguas minoritarias) han triunfado muy raramente (o quizá nunca) excepto cuando han venido acompañados de una asimilación o una destrucción total de los hablantes, esto es, excepto cuando se han combinado con la aculturación o el genocidio. Los acentos regionales no parecen ser menos en número ni menos diversos en la era de la aldea global que en la de la ciudad estado ... (la traducción es mía)

Así pues, no es muy probable que el geolecto murciano llegue a desaparecer como resultado de un proceso de estandarización. Sí es posible que se introduzcan más formas del estándar pero la lealtad lingüística a las propias raíces parece garantizar la pervivencia del habla de nuestra tierra. Lo que sí es cierto es que se camina hacia una situación de bidialectalismo en la que los rasgos locales se reservan para situaciones informales.

CONCLUSIÓN

Es ahora el momento de contestar muy brevemente las preguntas que hicimos al principio de este trabajo:

1) Se cumple en Fortuna el patrón sociolingüístico que se ha encontrado en diversas partes del mundo por el que las mujeres utilizan más formas estándares que los hombres siempre y cuando ambos tengan igual acceso al estándar.

2) La variación relacionada con el género del hablante no es de igual intensidad en todos los grupos de edad. Hay diversos factores que pueden afectarla. En primer lugar, la propia evolución de la vida laboral del hablante (relacionada con la teoría del mercado lingüístico de Sankoff y Laberge, 1978) puede hacer que varíe su forma de hablar en dirección al estándar. Las presiones sociales para acomodarse a la norma de prestigio manifiesto crecen con la necesidad de subir puestos en la escala social para decrecer luego, cuando se tiene una posición asegurada. Por otro lado, el mayor acceso al estándar de la generación joven también influye, permitiendo una diferenciación mucho más intensa del habla del hombre y la mujer.

3) La variación genérica no se expresa con las mismas variables en todos los grupos de edad. Los más jóvenes, con un nivel de educación más alto, tienen disponibles más medios a su

⁴ Labov (1990) distingue entre **cambios lingüísticos conscientes** (“por encima del nivel de la consciencia”, traducción del “*linguistic changes from above the level of consciousness*”) y **cambios lingüísticos inconscientes** (por debajo del nivel de la consciencia, traducción del “*linguistic changes from below the level of consciousness*”). En los primeros se adoptan nuevos patrones de prestigio reconocidos de una manera consciente por la sociedad; en los segundos la innovación es resultado de un cambio fonético sistemático que tiene lugar sin atraer la atención social.

alcance de manera que esta diferenciación se expresa a través de más variables y de un modo más claro. Curiosamente, el contacto con el estándar provoca más variación genérica a través de más variables en el grupo de edad entre 18 y 36 años.

4) Mientras que los hombres son exactos en la evaluación de su uso de formas estándares, las mujeres lo sobrevaloraron en algunos casos. Esto revelaría una actitud más positiva hacia la variedad estándar y una apreciación del prestigio manifiesto que ésta posee. Parece ser que los hombres se resisten al atractivo de este prestigio manifiesto y admiten abiertamente que no son usuarios de estas formas en su vida diaria. Este hecho nos ofrece pistas sobre la importancia que la diferente apreciación de lo que es la norma deseable (consciente o inconscientemente) puede tener en el uso que de las formas estándares hagan hombres y mujeres. No obstante, se tienen que tener en cuenta otras posibles explicaciones porque el argumento del prestigio, por sí solo, es incapaz de explicar un fenómeno tan complejo como la variación lingüística ligada al género.

Sorprende cómo, incluso en la generación más joven, el geolecto murciano sobrevive por encima de los intentos de homogeneización lingüística. Es paradójico que los intentos de supresión de la diferencia puedan llevar, de hecho, a un aumento de ésta. El caso de los informantes más jóvenes es muy decidor: el mayor contacto con el estándar no supone la supresión de los rasgos vernáculos en el habla cotidiana. Más acceso a otra variedad del español implica un aumento del repertorio sociolingüístico de los hablantes de Murcia, que pueden hacer uso de formas estándares y no estándares para desenvolverse en situaciones distintas: en familia, con amigos, en el trabajo, etc. Las formas típicas del geolecto murciano permanecen como expresión de lealtad lingüística a la comunidad y a las propias raíces, mientras que el español estándar pasa a ocupar un puesto prioritario en el mundo laboral. El resultado es que, por encima de los intentos uniformizadores, la variedad se abre paso como manifestación de la propia identidad.

BIBLIOGRAFÍA

- Almeida, M. (1995) "Lengua y Sexo en una Comunidad Canaria". En: Actes du VI Colloque de Linguistique Hispanique, Université de Toulouse - Le Mirall, p. 111-120.
- Chambers, J.K. (1995) *Sociolinguistic Theory*. Language in Society Series, 22. Oxford: Blackwell.
- Chambers, J.K. y Trudgill, P. (1980) *Dialectology*. Cambridge Textbooks in Linguistics. Cambridge: CUP.
- Deuchar, M. (1988) "A Pragmatic Account of Women's Use of Standard Speech". En: Coates & Cameron (ed) *Women in their Speech Communities: New Perspectives on Language and Sex*. Londres: Longman.
- Downes, W. (1984) *Language and Society*. Londres: Fontana Paperbacks.

- Eckert, P. (1989) "The Whole Woman: Sex and Gender Differences in Variation", *Language Variation and Change*, 1: 245-267.
- Eckert, P. (1997) "Age as a Sociolinguistic Variable". En: F. Coulmas (ed) *Handbook of Sociolinguistics*. Oxford: Blackwell.
- Giles, H. & Smith, P. (1979) «Accommodation theory: Optimal Levels of Convergence», en H. Giles & R. St. Clair (eds) (1979) *Language and Social Psychology* (Language in Society Series). Oxford: Basil Blackwell.
- Graddol, D. & Swann, J. (1989) *Gender Voices*. Oxford: Blackwell.
- Hernández-Campoy, J.M. (1993) *Sociolingüística británica. Introducción a la obra de Peter Trudgill*. Barcelona: Octaedro.
- Holmes, J. (1992) *An Introduction to Sociolinguistics*. London: Longman.
- Hudson, R.A. (1996) *Sociolinguistics*. Cambridge: CUP.
- Labov, W. (1966) *The Social Stratification of English in New York City*. Washington D.C.: Center for Applied Linguistics.
- Labov, W. (1990) "The Intersection of Sex and Social Class in the Course of Linguistic Change". *Language Variation and Change* 2: 205-254. También en: Cheshire y Trudgill (eds) (1998) *The Sociolinguistics Reader, Volume 2: Gender and Discourse*. Londres: Arnold.
- Macaulay, R.K.S. (1977) *Language, Social Class and Education: A Glasgow Study*. Edimburgo: Edinburgh University Press.
- Martin, F.M. (1954) "Some Subjective Aspects of Social Stratification". En: Glass (ed) *Social Mobility in Britain*. Londres: Routledge.
- Milroy, L. (1980) *Language and Social Networks*. Oxford: Blackwell.
- Milroy, L. (1987) *Observing & Analysing Natural Language*. Oxford: Blackwell.
- Milroy, L. (1992) "New Perspectives in the Analysis of Sex Differentiation in Language". En: Botton, K. (ed) *Sociolinguistics Today*. Londres: Routledge.
- Nichols, P. (1979) "Black Women in the Rural South: Conservative and Innovative". En: Dubois, B.L. y Crouch, I. (eds) *The Sociology of the Languages of American Women*. Papers in Southwest English, IV, San Antonio Trinity University.
- Romaine, S. (1994) *Language in Society. An Introduction to Sociolinguistics*. Oxford: OUP.

- Sánchez López, L. (1999) *El Habla de los vendedores de El Corte Inglés de Murcia. Estudio Sociolingüístico*. Tesis de Licenciatura. Universidad de Murcia. Departamento de Lengua Española y Lingüística General.
- Sankoff, D. Y Laberge, S. (1978) "The Linguistic Market and the Statistical Explanation of Variability". En: Sankoff, D. (ed) *Linguistic Variation: Models and Methods*. Nueva York: Academic Press.
- Sherman, J. (1978) *Sex-Related Cognitive Differences: An Essay on Theory and Evidence*. Springfield, Illinois: Charles C. Thomas.
- Spender, D. (1980) *Man Made Language*. Londres: Routledge.
- Trudgill, P.J. (1972) "Sex, Covert Prestige and Linguistic Change in the Urban British English of Norwich". *Language in Society* 1, pp. 179-195.
- Trudgill, P.J. (1974) *The Social Differentiation of English in Norwich*. Cambridge: CUP.
- Trudgill, P.J. (1983) *On Dialect: Social and Geographical Perspectives*. Oxford: Blackwell.
- Trudgill, P.J. (1992) *Introducing Language and Society*. Londres: Penguin.
- Trudgill, P.J. (1995) *Sociolinguistics: An Introduction to Language and Society*. Londres: Penguin.
- Yule, G. (1996) *Pragmatics*. Oxford Introductions to Language Study. Oxford: OUP.